

# La valoración del patrimonio científico en Colombia.

*Una aproximación histórica\**

Ruth Acuña

\* El presente documento parte de la charla presentada en el marco de la cátedra Pedro Nel Gómez, y orientada hacia el tema de la valoración del patrimonio científico y artístico en Colombia. Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, septiembre de 2012.



## Introducción

Punto de partida de esta reflexión es la observación del investigador y doctor en sociología mexicano, Gilberto Giménez, que parece obvia, pero que tiene efectos tanto económicos, como culturales, en torno a que “el llamado patrimonio cultural no es toda la cultura de un grupo o de un país, sino sólo una *selección valorizada* de la misma que funge como simbolizador privilegiado de sus valores más entrañables y emblemáticos”<sup>1</sup>. Ahora bien, ¿quién o quienes, mediante qué mecanismos y sobre qué criterios, se lleva a cabo esa selección?; ¿Cómo y sobre qué bases se determinan esos “valores más entrañables” para una sociedad?

Estas preguntas nos remiten a uno de los problemas más complejos acerca del patrimonio cultural al cual, el investigador catalán Llorens Prats, le ha prestado especial interés. El patrimonio es una invención y, en mucho, un juego de poder. Señala Prats, que al concepto de patrimonio subyace el de hegemonía, de tal suerte que el patrimonio está guiado desde una esfera de poder<sup>2</sup>; valga la relación con la construcción del campo de Pierre Bourdieu entendida ésta como un juego de posiciones en tensión o un juego de intereses. Lo anterior conduce a la perspectiva del patrimonio como políticamente mediado. El patrimonio es

<sup>1</sup>Giménez, Gilberto. Estudios sobre la cultura y las identidades sociales. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes - ITESO. México, 2007, p.223.

<sup>2</sup>Prats, Llorens. Antropología y Patrimonio. Editorial Ariel. Barcelona, 2009.

un artificio ideado por determinados sectores, grupos o instituciones, para unos determinados fines. Pero para que dentro de un repertorio de representaciones, la activación propuesta por alguna de estas instancias se constituya como patrimonio, ésta debe ser capaz de *representar simbólicamente* una identidad, mediante la construcción de ideas y valores de reconocimiento para la sociedad. Esto es, debe generar consenso. Por tanto dice Prats, retomando la noción de Berger y Luckman, el patrimonio es una *construcción social* de reconocimiento de valores que identifican a los individuos y, en una visión compartida con Giménez, considera que el patrimonio trasciende los objetos. Los objetos constituyen referentes claves, pero lo que construye patrimonio es su puesta en valor.

En este sentido Giménez va más allá, al señalar cómo últimamente se ha privilegiado una noción objetivista de la cultura, que resulta confusa, al hacer referencia al patrimonio como un conjunto de objetos, de artefactos, etc., cuando del llamado patrimonio, también se derivan *formas de resistencia*, mucho más, frente al fenómeno de la globalización: el patrimonio sería un recurso de primera magnitud para afirmar la diferencia.

En principio estas observaciones de Prats y Giménez, sirven como apoyo para pensar el caso nacional en lo relativo a la ciencia, a partir de las dificultades para la construcción de un patrimonio científico en el país. Si se examina históricamente el valor que la ciencia ha alcanzado en el medio, se observa de manera reiterada, el poco valor social de esta actividad en el ámbito nacional. ¿De dónde derivan estas *resistencias* con signo negativo, que socialmente el país le ha dado a la ciencia?

### **Las resistencias en el medio nacional frente a la construcción de valores para la producción científica en Colombia.**

Durante el siglo XIX y hasta bien entrado el siglo

XX, fueron diversos los esfuerzos orientados a incentivar el desarrollo científico en el país. Se crearon instituciones como las *Sociedades de Amigos del País* con el fin de promover el bien común y de fomentar la agricultura, la industria y el comercio; se abrieron espacios para su avance mediante las tertulias y las sociedades patrióticas; se constituyó la *Sociedad de Amigos del Bien Público*, la cual en 1849, solicitaba al gobierno la protección de estas asociaciones y, para 1871, se fundó la *Academia de Ciencias Naturales* cuyo objeto era el de “promover el aumento i conservación del Museo de historia natural i la prosecución de trabajos que propendan al progreso de las ciencias físicas y naturales en el país”<sup>3</sup>. Pero dichas sociedades no prosperaron porque, entre otras razones referidas por la investigadora de la ciencia Diana Obregón, en su mayoría éstas eran simples pretextos para la difusión de ideas políticas, no contaban con un apoyo estatal y casi todos sus socios, eran sólo aficionados dado que no podían dedicarse por entero a la ciencia<sup>4</sup>.

Cuando el Estado se preocupó por abrirle espacios a la ciencia, como sería el caso de la creación mediante ley en 1826, de la *Academia Nacional de Colombia* bajo el gobierno de Francisco de Paula Santander, con el fin de “estimular el conocimiento de las artes, las letras, las ciencias naturales y exactas, la moral y la política”<sup>5</sup>, fracaso al igual que sus antecesoras, así como sus intentos de reactivación en 1832 y en 1857. Entre 1848 y 1850 funcionó el *Instituto Caldas* bajo la dirección de Manuel Ancizar, institución que cerró sus puertas al poco tiempo de fundado. Poco después, en 1859, se creó la *Sociedad de Naturalistas Neogranadinos*, cuyo objetivo sería el de “la propagación i el adelanto de las ciencias naturales en general, i particularmente en la Confederación Granadina”<sup>6</sup>. Dicha *Sociedad*, tendría entre sus socios a destacados científicos europeos, entre ellos,

<sup>3</sup>Obregón, Diana. Sociedades Científicas en Colombia. La invención de una tradición 1859-1936. Banco de la República. Bogotá: 1992, p.45.

<sup>4</sup>Ibíd., p. 4.

<sup>5</sup>Ibíd., p. 6.

<sup>6</sup>Ibíd., p. 7.

Jean Jules Linden, Hermann Karsten y Eugène Rampon y tenía como propósito el de la unión de la Europa científica a la América. Dirigida por Ezequiel Uricoechea, funcionó entre 1859 y 1861 y reseñó avances científicos. No obstante sus escasas realizaciones, la *Asociación* entabló relaciones –dice Obregón-, con cerca de ciento veinte corporaciones científicas de diversos países, llamando la atención por parte de la investigadora “la inmediatez de la respuesta de los científicos europeos, en contraste con las dificultades para encontrar apoyo interno, además de que su boletín, “tenía más interés para la comunidad científica internacional que para los habitantes de la Nueva Granada”<sup>7</sup>. Las dificultades para el funcionamiento de la Asociación llevaron a exclamar a Uricoechea, “todo parece quimérico en nuestro país, todo encalla, todo amedrenta, ni la más débil voz nos alienta”<sup>8</sup>.

Sea porque los científicos extranjeros se beneficiaban en mucho de sus corresponsales americanos, por el material que aportaban para sus investigaciones, o por cualquier otra causa, era un hecho que al país en general, poco le interesaban tales aportes y que ante la carencia de científicos bien preparados en la Nueva Granada, solo se benefició una de las dos partes<sup>9</sup>. Así las cosas, la *Sociedad de Naturalistas Neogranadinos* sucumbió como proyecto científico en 1861, lo que condujo a Obregón a afirmar que la ciencia era un problema ajeno al mundo neogranadino, “cuyas élites estaban demasiado ocupadas en sus propios negocios y en solucionar sus permanentes conflictos políticos”<sup>10</sup>.

Así refiere su experiencia en este país Eugène Rampon, en carta enviada a Uricoechea desde París, en agosto de 1859: “Durante mi mansión en la Nueva Granada hice cuanto estuvo en mi poder para desarrollar allí el gusto de las ciencias naturales; (...). Por entonces tuve la desgracia de predicar en el

<sup>7</sup>Ibíd., p. 12

<sup>8</sup>Ibíd., p. 11 y 12.

<sup>9</sup>Ibíd., p.26

<sup>10</sup>Ibíd., p.27.

desierto: los espíritus aún no estaban maduros i no encontré ningún estímulo, más bien oposición, de parte de la autoridad científica y civil. ¡Cuán feliz hubiera sido si hubiera encontrado una sociedad ya dedicada a estos trabajos!<sup>11</sup>.

Un empeño en el sentido de otorgar valor social a la ciencia en Colombia fue dado por el periodista y artista Alberto Urdaneta a través de las páginas del *Papel Periódico Ilustrado* (1881-1887) del cual fue su fundador y director. En este periódico y siguiendo en mucho el ideario que animaba a sus antecesores interesados en el desarrollo científico, creó su periódico bajo la premisa de ser un “espacio neutral” libre de partidismos que pudiesen obstruir el interés por la ciencia y el arte y como una de las estrategias para afianzar el valor del científico y del artista en el país. Para tal efecto, equiparó a estos cultivadores con los héroes de la independencia, algo muy propio del pensamiento Ilustrado, y buscó mediante el género de la biografía, dar a conocer a estos nuevos héroes ante la comunidad general, fortaleciendo por otro lado, la idea de una tradición científica que hundía sus raíces en la Expedición Botánica.

Esta idea también estaba en la base de la *Sociedad Neogranadina*, invención que hasta hoy en día se mantiene, y que convierte a la botánica en el hilo conductor de una identidad científica en el país. Al respecto y como lo señala Olga Restrepo, tal tradición sería débil y constituye más “un mito originario y que deviene institución legitimadora *par excellence* de la actividad científica”<sup>12</sup>. Pero desde el enfoque del *Papel Periódico Ilustrado*, dicha construcción formaba parte de un proyecto que buscaba dar sitio de honor al científico en la sociedad.

Si como se ha visto, para la comunidad nacional en general y para el Estado en particular, la ciencia tenía muy poco valor, tampoco los científicos aficionados

<sup>11</sup>Ibíd., p. 28.

<sup>12</sup>Charum, Jorge. Comentarios al Estudio de Historiografía de la Ciencia en Colombia. En *La Historia al Final del Milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, p. 622.

fueron muy dados a otorgar valor a sus connacionales. Figura emblemática de esa situación la constituye en el siglo XIX José Jerónimo Triana (1828-1890), eminente científico colombiano de renombre internacional, cuyo trabajo pasó inadvertido durante décadas en el país, salvo dentro de la comunidad de botánicos. Triana fue miembro de la Comisión Corográfica (1850-1859) y tras la finalización de su contrato entregó al gobierno nacional 38 volúmenes correspondientes a 50.000 muestras de plantas del trópico con sus respectivas clasificaciones.

Parte a Europa en 1857 enviado por el gobierno nacional para escribir un libro sobre “las plantas útiles de la Nueva Granada”, elaborando en París en compañía con Planchón su *Prodromus Florae Novo-Granatensis* – siendo éste el mayor inventario de flora de trópico que se haya realizado-. Con los años y mediante un intenso trabajo en investigación, se hace miembro de diversas comunidades científicas europeas, recibiendo distinciones por sus investigaciones. En 1884, algunos compatriotas, entre ellos Gabriel Sandino y Narciso Reyes, le solicitan su opinión acerca de las virtudes del “te de Bogotá” reconocido por Mutis como de excelente calidad, tan bueno con el te chino. La discusión aparece en el Diario de Cundinamarca, en septiembre de 1884 y en el Diario Oficial y se mantiene hasta el 1886. Triana sostiene entonces, que Mutis se había equivocado al considerar este “te” como de las mismas virtudes del chino, y que además constituye un error de clasificación por parte de Mutis dado que el llamado “Te de Bogotá”, es un *Symplocos*, con afinidades lejanas al te, que Mutis por error de clasificación propuso llamar *Alstonia*. Señala también, con el respeto que le merece éste científico, algunas equivocaciones sobre las quininas, que Triana investigó cuando tuvo la oportunidad de conocer su obra en el Jardín Botánico de Madrid y de estudiarla y clasificarla en la década de los 80<sup>a</sup>. Cabe resaltar sobre el particular, que fue Triana quien dio a conocer la obra de Mutis en Europa.

La respuesta fue inmediata, y de gran indignación. Así lo expresa Bernardino De Tovar Salazar: “Aunque no tengo la honra de pertenecer a ninguna Academia de Ciencias Naturales ni al Directorio universal del Instituto Smithsonian, no por eso me eximiré nunca de los deberes de verdadero patriotismo, cuando veo que se perjudican los verdaderos intereses de mi patria i se menoscaba la justa fama de sabios eminentes que la honran”<sup>13</sup>. A lo cual se sumaran otros comentarios como el siguiente: “tenemos la pena de manifestarle al señor Triana que, nosotros profanos de la ciencia, estaremos siempre del lado de esa gran pléyade de sabios que son la admiración del mundo Mutis, Humboldt, Bonplandt, Linneo...”<sup>14</sup>.

Además de la reacción de rechazo producida entre las élites nacionales, por los cuestionamientos de Triana a la obra de Mutis, a su muerte, el herbario no correría con mejor suerte, según señala el padre pbtero Enrique Pérez Arbeláez, de éste sólo quedó una mínima proporción, que “logró salvarse de las cucarachas y de nuestra negligencia”<sup>15</sup>.

Como se pone de presente, Mutis era una figura emblemática de la ciencia para el caso nacional, aún cuando se desconocieran realmente sus aportes. Se había construido un “mito” en torno a su figura, el cual durante muchos años prevaleció en el país. Su obra adquirió prestigio debido a las bellas láminas de la Expedición Botánica quedando al margen su estudio científico.

Para el siglo XX las valoraciones acerca de la importancia de la ciencia en Colombia apenas si se modifican. La misma *Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales* en 1936 a través de su revista, hace notar cómo, en el medio político de la nación, se generan todo tipo de

<sup>13</sup>Nota del Sr. J. Triana Cónsul General de los Estados Unidos de Colombia en París referente al “Te” de Bogotá. Diario de Cundinamarca. Bogotá, 25 de septiembre de 1884.

<sup>14</sup>Diario Oficial. Nota dirigida al Sr Jefe del Departamento Nacional de Agricultura. Bogotá, 3 de mayo de 1886.

<sup>15</sup>Arbeláez, Enrique. El Herbario de Triana. Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales. Bogotá, Vol. 2 No. 8, p. 506.

resistencias frente a cualquier recurso económico para beneficio de la obra científica y cómo, sin que se produzca un debate abierto - sino de manera solapada-, se desprestigia cualquier esfuerzo orientado a su avance, lo que conduce a la siguiente nota editorial: “en esta labor de difícil realización se han deslizado quizá algunos errores, pero ello no quiere decir que el conjunto que representa no obedezca a un plan previamente aprobado y que ha desarrollado la Academia con tanta buena voluntad como decisión y patriotismo”<sup>16</sup>.

Para la *Revista* era de primera necesidad dar a conocer la obra de los científicos nacionales, “rehabilitar” su prestigio, así como recuperar los archivos de la Real Expedición Botánica (1783-1816), dado que estaba enfrentada a los mayores obstáculos, constituyendo una primera necesidad la de su legitimidad. Las críticas a la *Revista de la Academia* hacían referencia a la necesidad de su cierre dado que dicho órgano, no respondía “a ninguna finalidad definida porque nadie la lee y a nadie le interesa, porque aquí no tenemos verdadera y genuina ciencia nacional”<sup>17</sup>. La revista se mantiene “venciendo obstáculos al parecer invencibles, y cosechando, en veces, no pocos desengaños y contrariedades de todo género”<sup>18</sup>.

De tal suerte que para su reconocimiento, para brindarse legitimidad, las instituciones dedicadas a la ciencia tuvieron que “rehabilitar” a los científicos que habían realizado obra en el país; camino que también tomó la *Academia* a expensas de una labor, de un esfuerzo, que hubiera podido centrarse en mayores adelantos, antes que en edificar su pasado. Pero en un país, inamovible en su indiferencia hacia la ciencia y sus científicos, no le quedaba otra alternativa.

Para entonces Enrique Pérez Arbeláez, lamenta cómo en un medio donde todo es novedades para la

<sup>16</sup>Notas de la dirección. Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales. Bogotá, Enero, Febrero, Marzo de 1938.

<sup>17</sup>Notas de la dirección. Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales. Bogotá, Enero, Febrero de 1939 Vol. II. No. 8.

<sup>18</sup>Ibíd.

ciencia, todo es recursos para la vida mueran en la miseria tantos estudiosos y cómo por desconocimiento de su valor para la cultura, se han perdido tantas colecciones, documentos, instrumentos de trabajo para terminar con esta sentencia: “se me ha dicho que Colombia no es propicia para la formación del investigador ciento por ciento, de la capacidad que se quema lejos del lucro y de la popularidad. Pero respondo, que si no es posible el científico sin medios de trabajo, sin seguridad económica... si creo, y la historia de la ciencia colombiana lo comprueba, que con pocos recursos para el Estado se pueden aprovechar los talentos y las vocaciones decididas que generosamente se producen en el país”<sup>19</sup>.

Si se hace un breve balance de la situación, las observaciones de Obregón resultan relevantes frente al problema de la institucionalización de la ciencia y de la construcción de una valoración científica en el país en el siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX: el marginamiento de la actividad científica; su carácter de actividad ocasional entre los científicos; la dispersión de roles; el interés primordial de las élites por la política y no por la ciencia; y el que sus cultivadores, no hubieran logrado cambiar los valores vigentes para armonizarlos con el “ethos” de la ciencia”<sup>20</sup>

Si bien estos análisis hacen referencia al siglo XIX, ¿hemos logrado en la actualidad construir un ethos científico en el país?, ¿hemos logrado dar un lugar a la actividad científica que haga parte integral de la estructura de la sociedad colombiana?

La respuesta parecería ser un No rotundo. Instalados en el siglo XXI, las valoraciones a la ciencia en el país, aún distan mucho de ser positivas por fuera de la retórica que nos caracteriza, manteniéndose vivas las observaciones que en 1922 hiciera Jorge Bejarano

<sup>19</sup>Inauguración del Instituto Botánico Nacional. Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales. Bogotá, Enero, Febrero de 1938 Vol. II. No.7. p. 350.

<sup>20</sup>Obregón Diana. Sociedades Científicas, p. 275.

en su discurso de ingreso a la Academia Nacional de Medicina: “toda nación que no posea una organización científica, ya sea una química, una medicina o una industria propias, carece de individualidad intelectual y deberá ser siempre vasalla en vez de émula de pueblos que se levantan simultáneamente con ella”...<sup>21</sup> Y no porque en el país no se haya avanzado en este tipo de organizaciones, sino porque la comunidad en general desconoce estos avances; porque se sigue pensando que dichos resultados solo interesan a los pequeños círculos de investigadores, olvidándose que, como señalan la filósofa Victoria Camps y su colega Salvador Giner, “sin el reconocimiento de una sociedad a sus científicos la ciencia poco avanza”<sup>22</sup>

Por tanto es de gran importancia que también la sociedad se fije en sus científicos y se construyan valores en torno a la ciencia. Todo esfuerzo por construir patrimonio científico, el cual implica su necesaria valoración social se hace inminente. El patrimonio cultural científico y académico requiere, dado su escaso reconocimiento en el país, de avances en su valoración, para que, retomando a Giménez, se pueda decir algún día que dicho patrimonio figura entre los más entrañables de ésta sociedad. Y es aquí donde las observaciones del también estudioso del patrimonio, Josep Ballart, adquieren más sentido: el patrimonio cultural no remite sólo al pasado, el patrimonio cultural se orienta hacia el futuro y de ahí la importancia que se deriva de estos estudios<sup>23</sup>.

Empezar a construir patrimonio es empezar a valorar aquello que queremos que haga parte del legado de esta sociedad. La historia de la ciencia va adquiriendo fuerza, lo que ayuda a la visualización de una labor poco conocida; investigadores como Diana Obregón, Víctor Albis, José Antonio Amaya, Jorge Arias de

<sup>21</sup>Bejarano, Jorge. Discurso de ingreso a la Academia Nacional de Medicina, 1922. En Obregón Diana. Sociedades Científicas en Colombia. S.P.

<sup>22</sup>Acuña, Ruth. José Jerónimo Triana Heredero de una tradición botánica. Cuaderno de Pioneros de Museología. Universidad Nacional, Bogotá, 2011, p. 9.

<sup>23</sup>Ballart, Josep. El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso. Editorial Ariel, S.A. Barcelona, 1997.

Greiff, Armando Espinosa, Olga Restrepo Forero, Gabriel Restrepo, Santiago Díaz-Piedrahita, Efraín Sánchez, Mauricio Nieto Olarte, entre muchos otros, han aportado o lo están haciendo, a la formación de ese público necesario para la construcción del patrimonio científico nacional.

Para Jorge Charum, no se trata de trazar falsas continuidades históricas, hay que tener en cuenta que diversos intereses han determinado la historia de la ciencia en el país. Las compilaciones descriptivas, los documentos hagiográficos, las exaltaciones de instituciones o autores son formas que representan sociedades y épocas y que expresan el deseo de encontrar una tradición, o la búsqueda de identidades, caso más significativo el de la Expedición Botánica “mito originario” que contribuyó, en algo, a otorgar legitimidad a la labor científica ante la sociedad nacional.

Y sin pretender el desprestigio de otras activaciones patrimoniales, el patrimonio cultural nacional, también debe buscarse en el saber científico. Volviendo a Prats, construir este patrimonio es de interés vital para el país. Afianzar o producir nuevos significados en torno a la ciencia; mover, motivar, estimular la investigación científica, debería ser de imperiosa necesidad no como labor heroica sino como mínima y digna forma de subsistencia, porque como diría el crítico polaco quien vivió en este país, Casimiro Eiger, no vale para un pueblo “que otros hagan el descubrimiento en su lugar”..., “su experiencia le quedará, en magna porción extraña, impuesta desde fuera, incognoscible”<sup>24</sup>. Cabe entonces preguntarse si lo que prima como un legado patrimonial es aquello que se considera como “lo monumental” o “lo único”, o si sólo es aquello que una comunidad necesita para entender, comprender y aprehender su propio mundo.

<sup>24</sup>Eiger, Casimiro. Fondo Casimiro Eiger. Doc. MSS 755. 3272 Pg1. Banco de la República. Biblioteca Luis Ángel Arango. Bogotá.

## Referencias Bibliográficas:

Acuña, Ruth. *José Jerónimo Triana Heredero de una tradición botánica*. Cuaderno de Pioneros de Museología. Universidad Nacional de Colombia. Sede, Bogotá. 2011.

Ballart, Josep. *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*. Editorial Ariel, S.A. Barcelona, 1997

Charum, Jorge. *Comentarios al Estudio de Historiografía de la Ciencia en Colombia*. En La Historia al Final del Milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana Giménez, Gilberto. *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes - ITESO. México, 2007

Obregón, Diana. *Sociedades Científicas en Colombia. La invención de una tradición 1859-1936*. Banco de la República. Bogotá: 1992

Pérez Arbeláez, Enrique. *El Herbario de Triana*. Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales. Bogotá, Vol. 2 No. 8 Prats, Llorens. *Antropología y Patrimonio*. Editorial Ariel. Barcelona, 2009.

### *Prensa:*

Diario de Cundinamarca. *Nota del Sr. J. Triana Cónsul General de los Estados Unidos de Colombia en París referente al "Te" de Bogotá..* Bogotá, 25 de septiembre de 1884.

Diario Oficial. *Nota dirigida al Sr Jefe del Departamento Nacional de Agricultura*. Bogotá, 3 de mayo de 1886.

### *Fondos:*

*Fondo Casimiro Eiger*. Banco de la República. Biblioteca Luis Ángel Arango. Bogotá.

*Fondo José Jerónimo Triana*. Archivo Central Histórico. Universidad Nacional de Colombia. Sede Bogotá.